

# EUZKADI en CATALUNYA



Año II. - Número 38

Editado por un grupo de refugiados vascos

Barcelona, 28 de agosto de 1937



Una posición en el monte de San Marcial de Irún. Es decir, la guerra en su fase de improvisación alegre y descuidada. Ni trincheras, ni parapetos, ni aun sacos terreros, que se colocaron después de bastantes días. De entonces aquí, cuánto camino ha hecho la guerra. Es el avance inevitable de la técnica en todos sus aspectos. Y conjuntamente, de la disciplina, del acatamiento a los mandos. Pero entonces y ahora, el mismo heroico ímpetu, la misma fiebre bélica, el mismo desprecio de la vida, el mismo ideal anclado en todos los pechos, presidiendo actos censurables en un orden estrictamente técnico y aun humanos desfallos, que hace inevitable la conjunción de incipiente y de hiperbólico individualismo.

## No estamos conformes

No constituye un secreto, no es levantar ningún velo de Isis, no violamos ninguna consigna vedada, no conculcamos ninguna norma preceptiva si proclamamos «arbi et orbi» que no ya la Religión, sino lo que es más concreto y verdadero, los sacerdotes de la Religión, quebrantando una disciplina eclesiástica sancionada por boca de los príncipes de la Iglesia y que constituye cuerpo de doctrina dogmática, sea: el acatamiento a los poderes legítimos y legales, han participado activamente, y facción con sus bendiciones, convirtiendo los templos en locales mitines-participan todavía cubriendo a la cosa, para mayor ayuda de Franco, en la sublevación militar, en la subversión de mayor caudal que ha puesto a nuestra patria en el trance espantoso de su ruina, de su aniquilamiento y de su entrega al invasor exótico.

Que parte del clero —una parte insignificante, es leal afirmarlo— haya cumplido con su deber no es un mérito de tal índole, (cuando masas sociales cuyo ideario esencial consistía precisamente en la teoría contraria a la eclesiástica, sea: la revolución contra los poderes legítimos y legales para estructurar una nueva sociedad más humana, libre y justa, han venido y vienen cumpliendo con su deber subordinando sus teorías a la realidad de agruparse en torno del Gobierno para ganar la guerra, que están haciendo con riesgo de su propia carne y sangre) que requiera una distinción especial. Cumplir con el deber no merece plácemes ni recompensas. La propia satisfacción y estima debe bastar.

Compartimos el postulado de la libertad de pensamiento y conciencia, que es inherente al sagrado individual y admitimos doctrinalmente la tolerancia y libertad de cultos. En este terreno de puro derecho, de principio liberal, de doctrina constitucional, de aspiración política de convivencia estamos de acuerdo con las recientes disposiciones.

Peró no lo estamos, no podemos estarlo, no debemos estarlo y consideramos deber estampar públicamente nuestra protesta para que dejar así de nuestra postura moral constancia, que el culto católico se celebre en una capilla cualquiera que tenga carácter oficial o que la susceptibilidad de los no creyentes pueda dársele.

Si la práctica religiosa es un problema privado de conciencia, y ésta debe merecer el respeto de todos los

hombres realmente liberales, es absolutamente menester que paralelamente se dé al ciudadano español la garantía de que dicha práctica no ha de trascender del limitado terreno privado al oficial, que implica una protección, un privilegio, una tendencia preferente que conculca el más puro principio liberal y viola la neutralidad absoluta que el Estado debe adoptar en estos problemas, si verdaderamente se desea una conciencia depurada.

Puesto que el terreno está planteado en un aspecto ideológico, no queremos analizar otro que es políticamente vital: el empirismo que, a nuestro juicio, respetando los ajenos contradictorios, prescribe que el momento no es el propicio, el adecuado ni aun el equitativo de restaurar una libertad que, en otros conceptos, las necesidades circunstanciales de la guerra, vienen, con el beneplácito de todos los ciudadanos disciplinados y agrupados al lado de su Gobierno, limitando, cercenando y amputando y que no consideramos pertinente detallar.

R. A.

## Panorama internacional

Dos hechos graves culminan entre la multitud de los que desgraciadamente nuestra triste nación viene soportando, por imperio de las circunstancias que engendra nuestra debilidad bélica con relación a la prepotente de las naciones que, con evidente desprecio de la justicia humana y de la juricidad internacional, ante el mundo exhiben un espíritu impudico de agresividad inconcebible.

Uno de estos hechos —toda una serie de hechos que, hace hubieren conmovido al mundo y determinado la conflagración bélica —¡por cuán menores aparentes causas se desencadenó la guerra mundial!— es el torpedeamiento de nuestros vapores mercantes en el Mediterráneo. Con todo cuanto representa jurídicamente de incalificable agresión este hecho delictivo ante la conciencia mundial, —ya que no debemos hacernos ilusiones en cuanto a la JUSTICIA de nuestra causa—, ahí están las notas de nuestro Gobierno y su proclama a los pueblos, en el orden internacional tienen más importancia las consecuencias implícitas de este gesto sistemático. Son: desplazamiento del

aforismo «Rule Britannia», que no es exagerado afirmar que ha venido normando secularmente la vida inglesa y el postulado de libertad en los mares, que también ha constituido uno de los principios básicos de la política inglesa.

Para quien estudie, o haya estudiado, atentamente la historia, resultará inaudito, y revelará un principio revolucionario dentro del orden establecido por la Gran Bretaña en su política tradicional exterior, que Inglaterra renunció voluntariamente a los elementos esenciales que han constituido, con su orgullo, la salvaguarda de sus caminos imperiales, que, hoy, una nación, por megalómano que sea su dictador, pulveriza prácticamente, aunque ponga en sus palabras toda la miel del Himeto.

Las notas de nuestro Gobierno, por elocuentes que sean, por preñadas que estén de razón, son expresión de la voz de un pueblo débil y es ya notorio que «la razón del más fuerte es siempre la mejor». El delito único de España es no disponer de una fuerza militar naval que por sí sola fuere capaz de aplastar las sinrazones ajenas. Pero desgraciadamente no siendo este el caso, nuestra política queda limitada fatalmente a la denuncia pública, nacional e internacional, de las vejaciones al derecho que hoy afrontan a España y mañana lo harán a otra cualquier nación, considerada débil.

El otro hecho, tan grave e impudico, en esencia como los anteriores, pero más tenue y sutil, ya que no trasciende al terreno positivo, son las últimas declaraciones del Duce en que manifiesta su inexorable voluntad, que por circunstancias obvias lo es de toda nación, de no tolerar ni consentir que un pueblo se dé el destino que quiera, con lo que conculca uno de los principios morales que la civilización occidental, enraizada en el concepto del derecho, había erigido en dogma puro. Que a esta declaración, que patentiza oficialmente la voluntad agresiva y mediatizadora de un Estado en perjuicio de otros, las naciones democráticas no se rebelen y salgan por los fueros de sus propias nociones del derecho internacional que elevaron a la máxima categoría, es síntoma indudable de una timidez de tal volumen que, hoy más que nunca, Mussolini, con razón, que nadie podrá negar, recibe la consagración de su teoría famosa de la eficiencia contra la ficción de la ilusión. En síntesis estamos asistiendo al suicidio ideológico de la armadura jurídica de las democracias. ¡Que jamás éstas se lamenten del mal que han engendrado con su pasividad!

## Importante

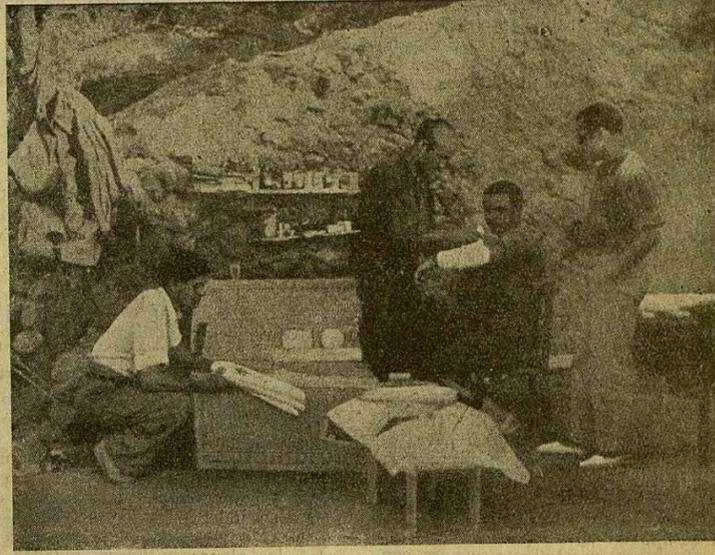
Uno de nuestros compañeros de Redacción salió el día 26 para recorrer los diversos sectores de los frentes de Aragón, donde se entrevistará con los jefes de las divisiones operantes.

Iremos publicando sus impresiones de estos frentes que galvanizarán la atención de los antifascistas y las transcripciones de las conversaciones que tenga con los mandos responsables de las divisiones que en ellos actúan.

## FRONTON TXIKI-ALAI

Plaza del Buensuceso, 1

Todos los días grandes partidos a Raqueta, por las mejores jugadoras de esta especialidad



La instalación y el local no pueden ser más rudimentarios. Sin embargo, cuán grandes son los servicios que en éste y otros puestos sanitarios similares situados todos ellos a escasos metros de las primeras líneas de fuego, se prestan a nuestros heroicos luchadores.

## DE «RE», BELICA

Quizá el arte supremo, el secreto de las victorias fulminantes de Napoleón, haya sido este principio: economizar, emplear juiciosamente sus fuerzas para poder atacar siempre al enemigo en el lugar que se ha escogido y con efectivos superiores.

Franco —sus aliados— no acata este axioma. Es iconoclasta. Mejor dicho, no es nada. Obedece a un plan germánico. Todos sabemos lo que es, para un alemán, un plan. Italia, y sus generales, en cuanto a la guerra, son nulos. Políticamente Mussolini prevalecerá sobre Hitler, pero en la guerra, el Estado Mayor alemán se sonrojara al tener que tratar de igual a igual con el italiano. Aún hay clases dentro del fascismo. Un plan es algo acabado, irrefutable, sobre lo que no hay que volver a estrujarse el cráneo, si no es a realizarlo ciegamente.

Los alemanes tienen, pues, un plan, y a realizarlo van. El resto del mundo no existe. Como tampoco los fracasos, los errores, que, mecánicamente, no hay, ya que se estudian sus posibilidades concienzudamente. Un plan alemán es perfecto, obra divina. Pero es perfecto, triunfe o fracase. Todavía Ludendorff, que no se enteró —léanse sus memorias— que estaba derrotado, sigue defendiendo como perfecto e intangible el plan teutónico.

Peró, naturalmente, para un plan elaborado a conciencia y con metódica paciencia germánica por los «junks», el elemento «hombre» carece de valor. La economía del hombre, su juicioso empleo, su preservación; su moral, su espíritu, su alma y su razón, su sentimiento y su pasión, son... nada, ilusiones, fantasmas. ¿No comen la ración prevista por Intendencia, tan científicamente calculada? ¿Pues entonces!

Este aborro, esta economía, esta preservación y este cuidado imponderable del «hombre», que no lo es, ya que sólo es un «soldado», recluta o veterano, no tiene cabida en los planes de los Estados Mayores alemanes.

Por eso los lanzan en masa a que los sieguen las armas enemigas. A cada ola que siega el enemigo brota otra nueva más densa. Y así sucesivamente hasta que se consiguen los objetivos perseguidos.

Esta modalidad guerrera tiene que tener éxitos. Los tuvo en la guerra europea y los tendrá siempre. Es el primitivismo humano al servicio de la mera y desnuda ciencia técnica.

Peró el «soldado», el «hombre» alemán, italiano, moro o nacional, dejan, con frecuencia que les desconcierten, de ser meras máquinas y ascienden a la egregia condición huma-

na, por su emotividad, por su miedo, por su desmoralización, por la evidencia dentro de su conciencia (ese resorte imponderable que el alemán guerrero no estudia en su «máquina-soldado») de los crímenes que le comina sus jefes a ejecutar. Y entonces la máquina piensa, siente, sufre. Es el momento trágico de las deserciones, de las desmoralizaciones, de los pánicos.

Hace falta, para ello, dada la rigida disciplina que le mecaniza, que la máquina-soldado haya sufrido mucho, que haya derramado torrentes de sangre, que su conciencia le recuerde escenas espantosas de salvajismo y de barbarie por una causa que cada día le parece menos justa, menos santa.

Franco —léase Estado Mayor alemán— no economiza sus fuerzas. Las lanza en masa una y otra vez. Persiste en su locura. Pero la hemorragia trabaja. Y no perdona. Cada gota de sangre dilapidada tiene, en la guerra, su valor inestimable. Si los resultados obtenidos fueren decisivos aún la pérdida de sangre representaría poca cosa, dentro de la tónica bélica de Franco. Pero, por miríficos que sean estos resultados, no son decisivos. Franco no es tan necio para dejar de aprovechar las excepcionales circunstancias favorables que le representan los frentes del Norte. Allí, pero no en un plano decisivo, está el lado, el punto neurálgico nuestro, y allí, forzosamente allí, tenía que pronunciarse la culminación ofensiva de nuestros enemigos. Pero allí no está la decisión de la guerra, y esto lo saben ellos. Lo esencial, para nosotros, consiste en hacer que el Norte, por una resistencia furiosa, tenaz, terca, desesperada, heroica, compense por un desgaste de la fuerza ofensiva de Franco los resultados tácticos que obtenga; sea: que pague en sangre el valor del terreno que ocupe. Terreno que, después, le representa inmovilización de fuerzas, de soldados, de víveres, de materias primas, toda vez que la población civil —las masas productoras, más bien—, jamás por su producción ha de remunerarle los sacrificios cuantiosos de su ocupación.

En cuanto a los frentes restantes los comunicados ofrecen, para nuestra causa, una notoria ventaja.

Nuestra ofensiva, según las reglas del arte de la guerra, se hará y su necesidad no determinará un apresuramiento nocivo. Nada hay tan peligroso como acelerar, por causas adventicias, por graves que sean, una ofensiva. Se juegan en ella millares de vidas y no pueden desencadenarse sino cuando todos los elementos me-

(Pasa a cuarta plana)